

Casanimal

María Rosa Pfeiffer

Pfeiffer, María Rosa

Teatro / María Rosa Pfeiffer ; ilustrado por Oscar Ortiz.

-1a ed.- Buenos Aires : Argentores, 2010.

43 p. ; 17x12 cm. - (El país teatral)

ISBN 978-987-1752-02-7

1. Teatro Argentino. I. Ortiz, Oscar, illus. II. Título
CDD A862

Fecha de catalogación: 13/07/2010

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT
en Acta N° 256/09. (8 y 9 de junio de 2009).

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

ARGENTORES - AUTORIDADES

Presidente

> Roberto Cossa

Publicaciones

> Lucía Laragione

> Ana Ferrer

CONSEJO EDITORIAL INT

> Mónica Leal

> Alicia Tealdi

> Marcelo Lacerna

> Claudio Pansera

> Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

> Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)

> Gabriel D'Alessandro (*Diagramación interior*)

> Oscar Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN: 978-987-1752-02-7

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723. Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, Julio de 2010. Primera edición: 2.500 ejemplares

> a modo de presentación

Con el fin de hacer conocer y poner a mano de los elencos de todo el país obras de autores argentinos clásicos y contemporáneos, ARGENTORES y el INSTITUTO NACIONAL DEL TEATRO acordaron la publicación de una nueva colección cuyo lema es “un autor, una obra”.

El acuerdo toma cuerpo con el lanzamiento de los primeros seis títulos a los que se sumarán, próximamente, otros seis, ya que es propósito de ambas instituciones publicar doce obras por año.

ARGENTORES y el INSTITUTO NACIONAL DEL TEATRO difunden de este modo el trabajo de los autores nacionales para que los teatristas de todo el país cuenten con un material de primera calidad y lo lleven a escena.

La nueva colección aspira a ser una herramienta útil y estimulante para lograr más y más puestas de nuestros autores a lo largo y a lo ancho de todo el país.

A mis profesoras
Elda Emmert y Susana Thalman

PERSONAJES

MADRE: 53 AÑOS.
HIJA: 16 AÑOS.
LA CASA: EL ANIMAL.

La época: *Década de los 70.*

El espacio y los objetos: *La cocina de una casa de pueblo. Las paredes tienen un aspecto orgánico, rugoso y húmedo. Algo de caverna, de cueva. Un pequeño hueco, casi una ventana, deja entrar una luz, apenas.*

En un rincón un televisor sobre una mesa con rueditas.

En el centro dos sillas. Sobre una de ellas: una tela blanca.

Esparcidos en torno: *una silla pequeña, un fuentón de metal con agua, un vaso, una plancha, una tabla de cortar carne, una picadora de carne, algunos frascos, de diversos tamaños. Libros, carpetas, útiles escolares. Dos aparadores pequeños, de juguete, que contienen utensilios de cocina en dimensiones pequeñas, (también de juguete): un jueguito de té, una pava, cucharitas, cuchillos, un salero.*

El espacio y los personajes: Cada entrada o salida de los personajes dará la sensación de que fueran tragados o expulsados por esas paredes.

Por momentos, la hija se mimetiza con la Madre. A veces, se invierten los roles.

Hay una gran tensión en la hija por desabastecer el modelo materno.

Prólogo

HIJA: *(A público. Apenas iluminada.)* Tengo 42 años. Los cumplí la semana pasada. Me lo festejaron en la escuela, en el recreo. Mis alumnos me tiraron papel picado. *(Toma un portarretratos de arriba del televisor. Lo muestra a público.)* Esta foto me la tomaron a los dieciséis. Es de esa época lo que les voy a contar. Por eso me ven así. Para que resulte... más verosímil.

Creciendo desde la oscuridad se oye una respiración animal.

HIJA: ¿Lo escuchan? Es el animal. *(Lo busca con la mirada, con el olfato, por paredes y piso. Es escurridizo. Al animal)* Quedó en terapia intensiva. ¿Estás contento? Pero no te ilusiones. Va a tener tres infartos más, después de este. Sigue

resistiendo. Como vos. *(A público.)* “Carpa crucian”. *(Remedándose a sí misma, en Srta. Ciruela)* Así se llama un pez que es capaz de sobrevivir sin oxígeno cuatro meses. Puede hacerlo porque transforma el ácido láctico, fabricado por el organismo cuando escasea el oxígeno, en etanol, que le sirve para mantener una actividad cardíaca normal. Eso debe pasar con mi mamá, que aunque diga que se quiere morir, su metabolismo produce algo que compensa sus deficiencias cardíacas graves. Se achicharró, como la abuela de “Cien años de soledad”. Pero sigue viva. *(Pausa.)* No permiten estar más de media hora adentro. Por eso me volví. ¿Qué sentido tiene que me quede en el sanatorio? A menos que me lleve las carpetas de los chicos y las corrija allá. Pero no, no podría concentrarme. *(Al animal.)* ¿Vas a aprovechar que estoy sola para atacarme? ¿Creés que te tengo miedo? No te voy a sacar la lengua como cuando era chica. No hace falta. ¿Dónde estás? *(Toca las paredes, el piso)* ¿Qué? ¿Me querés asustar? ¿Creés que no me doy cuenta? Pusiste el estómago acá. Un juntadero de recuerdos.

Un jadeo, como de perro cansado llena el silencio. Lentamente se va transformando en el rumor del televisor encendido.

Empujada por el aliento del animal busca un lápiz y se pone a escribir debajo de las sillas.

Escena 1

MADRE: *(Tratando de despegarse de la pared, como si esta la tuviera atrapada) ...Me enganché en el cable de la plancha. Caí de rodillas. Ahí empecé con la pérdida. Tu papá se asustó mucho. Me llevó al médico en el rastrojero. Nunca lo había visto manejar tan rápido. El doctor Bustos me dijo que tenía que hacer reposo. Tres meses estuve en la cama para no perderte. Me controlaban. Al llegar al octavo mes, decidieron hacerme la cesárea. Un mes antes de la fecha naciste. Pesabas un kilo y medio. Pensaron que nos íbamos a morir las dos. A mí no me cosían porque era perder el tiempo. Alcancé a escuchar que eras una nena y pedí que te pusieran el nombre de tus dos abuelas. Porque esperábamos un varón: Adrián. Ni te pusieron en incubadora. Yo veía a los médicos que pasaban al lado mío como pájaros blancos, empecé a ver una luz muy fuerte, blanca también. Después grité. Y se puso todo oscuro. *(Camina a tientas. Por fin llega a las sillas, y se arrodilla sobre ellas. Buscando a la hija.)* Al final, vivimos las dos. *(Toma la tela**

blanca y se pone a coser). Pero vos no crecías. Te daba la teta. Y té, porque llorabas mucho, y a mí me parecía que te dolía la panza. Venía a ayudarme la Mabel, la hija mayor de doña Alcira. La hermana de la Mechi.

HIJA: ¿La Mechi tiene una hermana? *(Sale de debajo de las sillas y va hacia la pared, escribe en esta).*

MADRE: Claro. Vos no te acordás porque eras muy chica cuando se fue a vivir a Buenos Aires. *(Pausita).* La abuela Rosa te bañaba acá en la cocina, en el fuentón. Yo no me animaba, de tan chiquita que eras. Tenía miedo de que te rompieras. Un día doña Alcira mirándote chupar, me dijo “Dejame ver”. Te apartó, me apretó el pezón. “Esto no es leche, es agua sucia”. Era verdad, me salía un líquido verdoso. Qué zonza, yo no me había dado cuenta. Por eso llorabas, porque te quedabas con hambre.

HIJA: *(En Madre)* Desde ese día empezamos a darte mamadera. Comprábamos la leche en lo de Nicasio.

JUNTAS: *(La Hija remedando a la Madre)* Siempre de la misma vaca.

MADRE: Así creciste fuerte y sana. Quién diría mirándote ahora que pesabas un kilo y medio.

MADRE: *(Va hacia la pared, mide a la hija con la tela)* Tenías la “cotorrita” más grande que la cabeza. “¿A quién se parece?” preguntó la tía Noli cuando

te vio. “A mí no creo” le respondió tu papá, “eso le debe haber salido parecido a lo suyo”. (*Vuelve a sentarse. Sigue cosiendo*).

HIJA: No me gusta.

MADRE: ¿Qué?

HIJA: Esa parte de la...

MADRE: ...cotorrita? (*Ríe*) ¿Te da vergüenza?
Silencio.

HIJA: Me lo contás siempre.

MADRE: Vos me pedís.

Silencio.

HIJA: (*Sumergida en su escritura*) ¿Suspiciacia se escribe con c?

JUNTAS: Preguntale a tu padre.

HIJA: Duerme.

MADRE: Esperá a que se despierte. Sabés que fui hasta tercer grado nomás. (*Pausa*).

JUNTAS: Buscá en el diccionario.

HIJA: Prefiero preguntarle a él. Le gusta mostrarme que sabe.

MADRE: El diccionario viviente.

Silencio.

HIJA: Yo soy más parecida a papi ¿no?

MADRE: Dicen.

Silencio.

MADRE: ¿Qué quiere decir suspiciacia?

En la oscuridad se oye la respiración del animal.

Escena 2

El televisor encendido. La luz se proyecta sobre la cara de la Hija. La Madre con la plancha, se plancha la ropa que tiene puesta, y la tela blanca. Se oyen muy fuertes las turbinas de un avión.

MADRE: Bajá. Está muy fuerte.

HIJA: Mirá, ahí lo pasan otra vez.

MADRE: (*Sin dejar de planchar mira la pantalla*) ¡Qué viejo está!

HIJA: Papi dice que no es.

MADRE: Tu padre es un terco. Mirá que no va a ser.

HIJA: Dice que es un doble.

MADRE: Qué ridículo.

HIJA: Siempre decís que papi es inteligente, que es más inteligente que vos.

MADRE: Es cierto. Pero esto de que mande un doble porque tiene miedo...

HIJA: ¿Por qué no? Podría ser.

MADRE: Bah, bah. Pura fantasía. Con la televisión a la gente se le volaron los pájaros. Y a tu padre también. (*Mirando la pantalla*). Mirá, mirá cómo hace con los brazos. Cómo no va a ser.

HIJA: ¿Es cierto que se llevó todo el oro?
 MADRE: Eso dice tu papá.
 HIJA: Que se escapó en una canoa, con los lingotes en forma de panes de jabón para la ropa. La canoa llena, y él remando, remando a toda velocidad, con miedo a hundirse por el peso.
Largo silencio. La Hija concentrada en las imágenes del televisor. La Madre hace golpecitos con la plancha sobre la tela blanca en la silla.

HIJA: Me duele la panza.
 MADRE: Te hago un té de burro.
 HIJA: No. No podría tragarlo.
 MADRE: Fricciones con alcohol. *(Deja la plancha. Busca en uno de los aparadorcitos una pequeña botella de alcohol. Acomoda meticulosamente su silla al lado de la que está ocupada por la hija).* Recostate.
La Hija se recuesta en las dos sillas. La Madre le hace fricciones con la mano empapada en alcohol.

HIJA: Como cuando era chiquita.
 MADRE: Siempre te dolía la panza.
Silencio.

HIJA: La Señorita Elda hoy nos contó de Trelew.
 MADRE: ¿.....?
 HIJA: Lo de la masacre.
 MADRE: ¿Esa no es la profesora de Matemáticas?
 HIJA: Sí. *(Pausita)*. Se dice Matemática.

MADRE: ¿Y yo qué dije?
 HIJA: Matemáticas.
 MADRE: Bah, como si no fuera lo mismo. *(Pausita)* ¿Y qué tiene que ver?
 HIJA: ¿Qué?
 MADRE: Las matemáticas con Trelew.
 HIJA: Nada mamá, la matemática nada.
 MADRE: ¿Entonces?
 HIJA: Diecinueve mataron. A sangre fría.
 MADRE: ¿Qué quiere decir masacre? No, mejor ni me digas, total después no me acuerdo.
Silencio.

La Madre fricciona con más énfasis. Toma la tela blanca, la coloca sobre el vientre de la Hija, luego apoya la plancha.

MADRE: El calorcito te va a hacer bien.
 HIJA: Leí en una Selecciones que cuando obligan a los chicos a controlar esfínteres antes de tiempo, en la mayoría de los casos se producen trastornos gastrointestinales.
 MADRE: ¿Qué?
 HIJA: Problemas. En el aparato digestivo.
 MADRE: Mirá vos. Resulta que ahora la culpa de tus dolores la tengo yo.
 HIJA: Y... a los siete meses me sentabas en la pelela.
 MADRE: *(Orgullosa)* A los seis. Te metía entre las patas de

una silla acostada para que no te cayeras. Se me había ocurrido a mí solita.

JUNTAS: Cuando cumpliste el primer año ya no usabas más pañales. ¿Te acordás?

Silencio.

HIJA: Sí. No sé. O se me hizo el recuerdo de tantas veces que me lo contaste. (*Pausa*). Me aprendí de memoria los dibujos de las baldosas del baño. ¿Viste que hay una, cerca de la bañera, que está cachadita y parece el tío Derio?

MADRE: ¿...?

HIJA: Con una gorra, andando en un auto cascarudo, por una montaña.

MADRE: ...

HIJA: Después te muestro.

Se oye el aliento del animal.

Escena 3

La Madre pegada a la pared, abrazada a una almohada. Entra la hija, sigilosa con su propia almohada. Se acomoda cerca, también pegada a la pared.

MADRE: ¿Llegaste?

HIJA: Sí, mamá

MADRE: Es tarde ¿no?

HIJA: Las tres

MADRE: Las cuatro, hace un ratito miré el reloj. ¿Tanto duró el baile?

HIJA: Como siempre

MADRE: Yo todavía no me pude dormir. Hasta que no llegás, no estoy tranquila. ¿Estuvo lindo?

HIJA: Sí

MADRE: ¿Mucha gente?

HIJA: Bastante

MADRE: ¿Bailaste?

HIJA: Sí.

MADRE: ¿Con René?

HIJA: Mañana te cuento.

MADRE: ¿Pero estaba o no?

HIJA: Es tarde mamá.

MADRE: ¿Volviste sola?

HIJA: Me acompañó la Mechi.

MADRE: ¿Hasta la puerta?

HIJA: (*Fastidiada*): Sí mamá, hasta la puerta.

MADRE: Raro. No la escuché. (*Pausa*). Bien distinto era todo antes. Dieciséis años tenía cuando me puse de novia con Felipe. Teníamos que andar a escondidas de tu abuelo que no nos dejaba ni a sol ni a sombra. Lo que son las cosas. De haber sabido... Llevábamos cinco años de novios cuando consiguió trabajo en Santa Fe. El primer

tiempo venía a visitarme todos los fines de semana. Después, una vez por mes.

HIJA: *(En Madre)* Una vez cada tres meses. Dos veces por año. Al final me escribía cartas. Así durante diez años. Hasta que tu papá enviudó.

MADRE: Yo le ayudaba a la abuela Rosa a coser pantalones. Era la única pantalonera del pueblo. Él vino a encargar dos pantalones. Era verano.

HIJA: *(En Madre)* Uno de una tela gris, una sarga. El otro de lino, blanco. Porque jugaba a las bochas.

MADRE: Las medidas siempre las tomaba tu abuela. Pero ese día no estaba. *(Pausa)*. ¿Qué iba a hacer? Ya tenía treinta y seis años. Si no le llevaba el apunte me iba a pasar el resto de mi vida haciendo pantalones para los hombres del pueblo. Que, salvando las distancias, era casi lo mismo que quedarse para vestir santos. Era un hombre mayor, pero buen partido. Yo le fui sincera. El me dijo que el amor iba a venir solo. Ni un año pasó y ya estábamos casados. A los trece meses justitos, naciste vos.

Oscuridad. La Madre es tragada por las paredes.

HIJA: *(A público)* Voy a tener que avisar a la escuela. Pedir una licencia. No me van a venir mal algunos días. Nunca saco. Ni me acuerdo el número de carpeta médica. *(Al animal)* ¿Qué me

mirás? ¿Ponés los ojos en blanco? *(Oliendo)* ¡Ah! ¿Qué comiste? Tenés un aliento asqueroso.

Escena 4

La Hija leyendo, muy concentrada, la Madre, lavando platos y vasos de juguete en el fuentón.

MADRE: ¿Estudiás?

HIJA: Leo.

MADRE: ¿De la escuela?

HIJA: No.

MADRE: Todo el día con libros. ¿Para qué? Parecés tu abuela María. Con tal de leer se olvidaba hasta de comer. Por milagro no se quedó ciega. De tan fanática, cuando se le terminaba el kerosenne, leía a la luz de la luna. Cortadita por la misma tijera saliste. ¡Dios me libre! No sé qué sentido tiene. La cabeza se les termina confundiendo con tanta cosa.

HIJA: Dice la señorita Elda que es Perón. La Juventud Peronista y los Montoneros le pidieron que vuelva para salvar el país.

MADRE: Ni se te ocurra decir eso delante de tu padre.

HIJA: ¿Sabías que Jesús fue el primer revolucionario? Con Meli vamos a escribir algo sobre eso para el

acto. Le tocó a nuestro curso organizarlo. Vamos a cantar dos canciones: “Ay país” de Piero, y “El camino nos lo enseñó el Che”. *(Canta):*

Me estoy muriendo de frío
tengo la bronca en la voz
Porque a esta puerta del río
le apuñalaron el sol
porque a esta puerta del río, ay país,
le apuñalaron el sol
ay país, país, país

Ay país, país de nubes
lleno de humo y alcohol
cómo le canto a mi gente
lo que yo pienso de vos
pero cómo le canto a mi gente país
lo que yo pienso de vos

Que a mi patria la fundaron
a golpes y cachetazos
cuántas voces se callaron
a machete y a balazos
pero cuántas voces se callaron país
a machete y a balazos
Ay país...

La señorita Elda trajo los discos. Nos está ayudando a sacarlos. ¡Tiene una voz!

MADRE: ¿Vas a tocar la guitarra?
HIJA: Sí.
MADRE: Siempre te agarran para todo a vos.
Pausa. La Hija cambia de libro.
HIJA: ¿Si encendés la estufa?
MADRE: Se terminó el gas. Voy a hacer cargar la garrafito para ponérsela a tu padre en la pieza.
HIJA: Prendé el horno.
MADRE: Bah, no hace tanto frío.
HIJA: Yo tengo.
MADRE: Porque estás quieta. Para mí ya no hay inviernos crudos. Cuanto más frío mejor.
HIJA: Porque se te fue.
MADRE: ¿Qué?
HIJA: La regla.
MADRE: *(Sorprendida. Con enojo.)* ¿Quién te dijo eso?
HIJA: Vos.
MADRE: ¿Yo?
HIJA: Sí mamá, vivís diciéndolo.
MADRE: Así, con esa palabra, no. ¿De dónde la sacaste?
HIJA: ¿...?
MADRE: La palabra esa.
HIJA: ¿Regla? *(Transición. En Madre.)* Suena fea. No la digas más.

MADRE: *(Se seca las manos en la tela blanca, le toca la polera. Espía por sobre el hombro de la Hija para descubrir qué está leyendo)* Es finita esta lana. ¿Por qué no te ponés el pulóver marrón?

HIJA: Me hace bolsa.

MADRE: Te lo arreglé.

HIJA: Igual, no me gusta el color.

MADRE: Nena... para estar en casa.

HIJA: Me pone triste el marrón.

MADRE: *(Acercándose, mira el libro)* ¿Se puede saber qué miércoles es lo que tanto leés?

HIJA: *(Cierra el libro)* Nada mamá. Un libro que me prestó la señorita Susana.

MADRE: ¿La de matemáticas?

HIJA: No mamá. La de matemática es la señorita Elda. Susana es la de Literatura. "Cien años de soledad".

MADRE: ¿Qué?

HIJA: El libro mamá, se llama "Cien años de soledad". *(Sale)*.

MADRE: Nombre raro para un libro de matemáticas.

Escena 5

En una de las sillas, la Madre con el paño blanco cubriéndole la cabeza.

MADRE: ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

HIJA: Acá mamá. ¿Qué pasa?

MADRE: ¿Me buscás un geniol? Con este dolor no puedo abrir los ojos.

HIJA: *(Busca un vaso con agua, un geniol, se los alcanza a la Madre. Hay ternura en sus gestos.)* ¿Querés que cocine yo?

MADRE: No, ya se me va a pasar.

HIJA: ¿Te duele mucho?

MADRE: Se me parte la cabeza.

HIJA: Dónde es?

MADRE: ¿Qué?

HIJA: El dolor.

MADRE: *(Fastidiosa)* En la cabeza.

HIJA: ¿Pero en qué lugar?

MADRE: Atrás de los ojos. Como si me clavaran agujas.

HIJA: ¿La carne está cortada?

MADRE: Sí. Ahí, en la tabla. Hay que salarla.

HIJA: *(Busca el salero)*: ¿Cuánto le pongo?

MADRE: Y...más o menos.

HIJA: Qué sé yo cuánto es más o menos.

MADRE: Fijate. No mucho. Si no, se me sube la presión. Y tampoco poco. Si no, tu padre dice que no le siente el sabor.

HIJA: *(Dubitativa, con el salero en la mano)* No es fácil.

MADRE: Porque nunca cocinás.

HIJA: Si no me dejás.

MADRE: Vos tenés que estudiar. Para cocinar estoy yo.

HIJA: Me gustaría aprender.

MADRE: No hace falta.

HIJA: Hoy estaría bueno saber.

MADRE: *(Quitándose el paño de la cabeza y sacándole el salero de la mano)* Dejame a mí. Lo único que faltaba. Con este dolor. Que me ponga a enseñarte.

La Madre sala los bifos y los machaca, haciendo mucho ruido en la tabla.

HIJA: Nos contó la señorita Elda que Perón les dijo que había cosas que ellos no podían entender, que eran muy jóvenes. *(Pausa)*. Estuvo en Ezeiza ella. Lo vio bajar del avión.

Se escucha al animal. Algo en el jadeo hace pensar en una risa de perro.

Escena 6

La Madre empuja el televisor. Lo saca de la cocina.

La Hija mirando por la ventana. Se acurruca en una de las sillas.

Vuelve la Madre con la tela blanca. La dobla, la desdobla y la vuelve a doblar, meticulosa, disconforme con su propia manera de hacerlo.

MADRE: Dice tu padre que si querés ir a mirar con él. Viene "Perdidos en el espacio".

HIJA: No voy a ir.

MADRE: Perdonalo.

HIJA: Nunca me había pegado.

MADRE: También vos. Te fuiste de boca.

HIJA: ¿Qué? Si él vive hablando de las injusticias. Que hay que cambiar las cosas. Que esto así no va más.

MADRE: Si. Pero de ahí a decirle que te vas a hacer guerrillera y que serías capaz hasta de matar un hermano si lo tuvieras.

HIJA: Si fuera milico, o cipayo o imperialista, sí.

MADRE: ¡Nena! Mirá lo que estás diciendo.

HIJA: Los ideales están antes que las personas.

JUNTAS: ¡Terminala! No sabés callarte vos. Enfrentar a tu padre así. Como está.

MADRE: Tendrías que pedirle disculpas.

HIJA: Tenía los ojos llenos de odio. Abiertos, enormes, pero a la vez muy chiquitos, y brillantes, como de fuego.

MADRE: Vos los tenías igual. Encima, decirle lo de Perón.

HIJA: *(Tocándose la mejilla)* Me dejó la mano marcada.

MADRE: Bah. Eso no es nada. *(Sonriendo)* El día que quisiste faltar a la escuela, te corrió con la alpargata alrededor de la casa. ¿Te acordás? Y la vez que te cruzaste a lo de los Holinger sin avisar, te buscó con el talerito. No te pegó, te amenazó

nomás, y vos volviste dejando un reguero de pis en la calle. (*Ríe*). Tenías puesta la bombachita roja de streech. La tengo guardada, junto con tu ropita de bebé.

Silencio largo.

HIJA: ¡Qué frío! Dos grados bajo cero dijeron en la tele.
 MADRE: Eso en Buenos Aires. Acá no creo.
 HIJA: En todo el país.
 MADRE: Yo no siento.
 HIJA: No creo que salga el sol para la tarde. ¿Jugarán el partido?
 MADRE: Mientras no llueva. (*Mirando por la ventana*). Hace mucho frío. No va a llover.
 HIJA: Mirá si nieva.
 JUNTAS: ¡Qué locura! En las montañas nieva.
 HIJA: Esas nubes. Parecen montañas.
 MADRE: ¿Vas a ir?
 HIJA: ¿Adónde?
 MADRE: A ver el partido.
 HIJA: No sé. Tengo una prueba mañana.
 MADRE: ¿René juega?
 HIJA: No sé mami.
 MADRE: ¿No le preguntaste anoche?
 HIJA: No lo vi.
 MADRE: ¿No tuvieron ensayo del coro?
 HIJA: (*Con fastidio*) Sí mamá, pero no fue.

MADRE: Raro ¿no? Él que es tan cumplidor.

La hija sale.

MADRE: ¿Adónde vas?

HIJA: A ver “Perdidos en el espacio”.

Silencio.

MADRE: ¿Qué querrá decir “cipayo”?

Escena 7

*La Madre teje al crochet una puntilla a la tela blanca.
 La Hija dibuja sobre la misma tela.*

HIJA: Papi me contó de Carmen.

MADRE: (*Celosa*) ¿Qué te dijo?

HIJA: Que era muy jovencito cuando se enamoró, que los padres de ella no lo querían porque era pobre. Que justo le tocó la conscripción.

MADRE: Un año estuvo sin salir. Cuando volvió la habían casado con otro a la Carmencita.

HIJA: ¿Vos sabías?

MADRE: Claro. Tu padre me contó todo.

HIJA: Pero igual siguieron.

MADRE: ¿.....?

HIJA: Ella le avisaba con una copita de vino en la ventana. Si estaba llena quería decir que el marido

estaba. “Vino” ¿Entendés? Si la copita estaba vacía era señal de que no estaba, entonces ellos podían encontrarse.

MADRE: ¿Eso te contó tu padre?

HIJA: A vos también.

MADRE: No...Sí. Pero ¿Cómo te va a decir “eso”?

HIJA: Hasta que se mudaron a la ciudad. Y papi quedó vagando como un ánima, mortalmente herido de amor.

MADRE: *(Dolida)* ¿Así dijo?

HIJA: Un amor prohibido. Como en las Corin Tellado.

MADRE: Si no hubiera sido por doña Francisca quién sabe cómo terminaba tu padre. Esa mujer lo salvó. Gracias a ella tenemos ahora esta casa. *(Se oye al animal)*. Un hombre que había venido de Staden la hizo construir. ¿O de Manheim? Bueno, de un lugar de por ahí. De apellido Wischoff. Hace muchísimos años. Con su mujer vino. Y un perro. Un ovejero alemán. Enorme. Lo tenían todo el tiempo atado. Por miedo a que ataque a alguien. Parece que se había puesto como loco en el viaje en barco. Al poco tiempo el perro desapareció. Dicen que mordió la cadena y se escapó. Nunca lo pudieron encontrar. La mujer se murió de tristeza. Le tenía mucho cariño al perro. Él se volvió a casar. Con doña Francisca. Después se murió el hombre y ella se casó con tu

papá. Al final, se murió ella, pobrecita. Y ahí fue cuando tu papá me conoció a mí. Así, como una cadena. En todos esos años, nunca hubo chicos en esta casa. Hasta que naciste vos.

La imagen de la Madre se pierde en la penumbra.

HIJA: *(Al animal)* ¿Escuchaste? Habló de vos. Sin saber que estabas. ¡Pobre mamá! Hay tantas cosas de las que no se da cuenta... *(Pausa)*. Mirame. Te va a gustar lo que voy a decir. ¿Sabés lo que pensé aquel día? *(Como si actuara para él)* “¿Por qué habré nacido? Si no fui fruto de un verdadero amor. Tendría que morirme. Podría tirarme del molino del tío Derio. O ahogarme en el arroyo. Entonces ellos llorarían abrazados sobre mi cuerpo. Mi fantasma blanco y transparente como un vestido de gasa, gritándoles desde arriba: ¡Ahora tendrán que amarse, construirán su amor sobre mis huesos!”. ¿Te gustó?

Escena 8

La Madre prepara el desayuno sobre una de las sillas, sentada en una sillita. Ahora la tela blanca es el mantel. Acomoda con gran cuidado el jueguito de té. La Hija mira la espalda de la Madre como si en ella encontrar las palabras para relatar su sueño.

- HIJA: Soñé que salía al patio y veía nubes oscuras detrás de los árboles. El sol brillaba con mucha fuerza. Me di cuenta que no eran nubes. Eran montañas. Y salí corriendo a la calle. Miré al este y al oeste, al sur y al norte, y por todos lados había montañas. Unas más cerca, verdes y marrones. Otras más lejos, azuladas. Volví a la casa para avisarles a vos y a papi. Pero ustedes no estaban.
- MADRE: ¿Preferís té o café con leche?
- HIJA: Busqué la bicicleta y me fui para lo de la abuela Rosa. Quería gritar de alegría, llamar a alguien para que vea. Pero no había nadie en la calle. Cuando llegué a la casa de los abuelos, la puertita del tapial estaba cerrada con candado. Entonces fui a lo de doña Alcira, después a la casa del tío Derio y la tía Noli, y a la escuela. Pero no había nadie, en ninguna parte.
- MADRE: Mejor te preparo café con leche.
- HIJA: Hasta que me di cuenta que me había quedado sola en el pueblo. Tal vez todos se asustaron porque crecieron montañas, pensé. Tan hermosas que se ven.
- MADRE: Fijate cuando destapes la miel, le entraron hormigas. Mirá bien cuando metas la cuchara.
- HIJA: Y decidí subirme a una y esperar ahí a que vinieran a buscarme. Pero era tan alta que nunca podía llegar a la cima. Mientras trepaba veía una

sombra al lado de la mía, parecía la sombra de un hombre. Pensé que era la de papi. Pero no. De nadie era. Una sombra sola. O un doble de la mía. Después aparecía un dragón, o un perro gigante, no sé. Y el sueño se transformaba en otra cosa.

- MADRE: Para mí que la tapa no es de ese frasco.
- HIJA: Una lástima, porque era hermoso que hubiera montañas.
- MADRE: No cierra bien. Por eso pueden entrar.
- La Hija va hacia el hueco de la ventana. Se arregla el pelo en un gesto de orden y cuidado.*
- HIJA: Ayer nos llamó el rector. A Meli y a mí. Nos hizo mostrarle las carpetas de Matemática. Nos preguntó por las clases de la Señorita Elda. Tuvimos que aguantarnos un sermón sobre Moral, Ética, Valores. Nos dijo que la Señorita Elda había manipulado nuestro joven idealismo, que se había aprovechado de nuestra pureza de corazón. *(Pausa)*. La suspendieron. Tenemos que hacer una reunión con los chicos y decirles que todo lo que nos enseñó es mentira, que es peligroso. Al principio Meli dijo que no, pero el rector terminó convenciéndola. A mí también. Mañana les vamos a decir. *(Pausa)*. *(Con mucho dolor)*. Soy una traidora.

Silencio.

MADRE: *(Jugando con los pequeños utensilios)* ¿Cuántos años tenías? ¿Diez o nueve cuando le escribiste esa carta a la cigüeña pidiéndole un hermanito? *(Ríe)* Como no teníamos chimenea la pusiste en la campana de la cocina. Cuando la saqué estaba toda pegoteada de grasa.

HIJA: “Preferiría una hermana, pero si es varón no importa, con tal que sea”. *(Lo dice mecánicamente, como si repitiera un rezo).*

MADRE: ¿La habré guardado? No. Seguro la tiré para que no la encuentres. Para que no pierdas la ilusión. *(Pausa).* *(Va a salir. Se detiene. Se vuelve hacia la hija).* ¿Cómo fue eso... que te dijo tu papá... de la Carmen ... y la copita de vino?

La Hija escapa. Busca al animal, en el piso, en las paredes.

HIJA: *(Al animal)* Estuve pensando cosas que te van a enfurecer. ¿Querés que te las diga? ¿Me escuchás? *(Provocando al animal)* Mirá si tengo algún medio hermano, de los romances prohibidos de mi papá... Uno de los hijos de Carmen... Los voy a conocer a ver qué me pasa. Si alguno es mi medio hermano el cuerpo se va a dar cuenta. Si tiene los ojos de mi papá. O la nariz. *(A público).* ¿Qué se sentirá tener hermanos? ¿Será eso que me pasa con mis amigas? No, debe ser

distinto. Nunca nadie sabe explicarme bien cómo es. Debe ser una sensación física, como de pertenecer a un mismo cuerpo. *(Desafiante. Al animal).* Si lo encuentro lo voy a traer a vivir acá. Me va a defender. Te vas a poner líquido y vas a perder fuerza. *(Ríe).*

Crece la oscuridad.

Escena 9

La Madre vuelve a coser la tela blanca. La Hija escribe en la pared.

HIJA: La señorita Susana dice que tendría que estudiar Literatura o Sociología.

MADRE: ¿Eso es en Santa Fe?

HIJA: Sí. Creo que sí.

MADRE: Dijo tu padre que ni se te ocurra pensar en irte a Córdoba ni a Rosario. Buenos Aires, menos. *(Pausa).* A René no le gusta nada la idea.

HIJA: ¿Hablaste con él?

MADRE: No. Pero hay que ser tonta para no darse cuenta. Cada vez que decís algo de seguir estudiando, se queda mudo. Y es comprensible.

HIJA: *(En Madre)* Ese muchacho te quiere bien. Tiene buenas intenciones. Posibilidades de entrar en el banco.

MADRE: Todas las chicas que se van a estudiar terminan dejando a los novios. La ciudad les mete otras ideas en las cabezas. Se les confunde todo. En vez de pensar en formar una familia, como Dios manda. Tarde se dan cuenta que lo más importante es el amor.

HIJA: ¡Mamá! Ni loca pienso casarme apenas termine el secundario.

MADRE: Ese es el problema.

HIJA: Quisiera estudiar algo para que el mundo sea mejor.

MADRE: A los 12 años mirabas fotos de negritos desnudos y llorabas desconsolada. Querías irte de misionera al África. No sé a quién sacaste ese corazón blando.

HIJA: En Tucumán, en las montañas, están luchando por un país más justo.

MADRE: A tu abuela Rosa. Cosía gratis para todo el mundo.

HIJA: Me gustaría irme allá.

MADRE: ¿A dónde?

HIJA: A Tucumán.

MADRE: ¿Tucumán? Eso queda más lejos que Buenos Aires. No, si es lo que digo. Mucha televisión. Muchos pajaritos en la cabeza.

HIJA: ¿Nevará en Tucumán?

JUNTAS: Mirá, mejor ni abras la boca delante de tu padre.

Largo silencio.

HIJA: Hoy tuvimos a la que da Matemática en cuarto y quinto. La muy guacha. Se quedó con las horas de todos los cursos. “¿Vieron?” Nos dijo con una sonrisa maliciosa “Parece que la profesora Elda y el marido están presos. Por Montoneros”. Nadie habló. Carraspeó y se puso a escribir un teorema en el pizarrón. No se entendía nada. Se escuchaba el ruido de la tiza nomás. *(Pausa)*. Tal vez tenía razón papi, Perón quedó en Madrid, y el que vino debe ser un doble. Porque si fuera Perón de verdad, esto no estaría pasando.

MADRE: A la tardecita va a venir el doctor Bustos. Quiere mandarlo a tu papá a hacerse unos estudios de sangre. A ver si ordenás un poco el living.

JUNTAS: Hay libros y carpetas desparramados por todas partes.

Se borra la imagen de la Madre en la oscuridad.

HIJA: *(Con el libro de “Cien años de soledad” en la mano. Los ojos llenos de lágrimas.)* En Macondo está la señorita Elda. Al final deja de llover. Y empieza a nevar. No se dan cuenta. No saben qué es. Todos piensan que es papel picado. O harina. Azúcar impalpable. La señorita Susana también se va a Macondo. Pero después. Con la nieve. Y vuelve a escribir “Cien años de soledad”. Yo debería ir.

Alguna vez, tal vez. Pero no sé si voy a poder mirar a los ojos a la señorita Elda. (*Al animal.*) Los animales para ir, tienen que tener una piel muy gruesa. Mucho pelo. Largo. Por el frío. No me vas a poder seguir. ¿Te dormiste?

Escena 10

La Madre mirando el televisor. La Hija revisando los pequeños aparadores de juguete.

HIJA: Habría que tirar algunas cosas. ¿Esto qué es?
 MADRE: Una batidora.
 HIJA: ¿Anda?
 MADRE: No. Pero era de tu abuela. ¿Qué buscás?
 HIJA: Frascos. Tengo que llevar para Naturales.
 MADRE: Está grave.
 HIJA: (*Mirando el televisor*) ¿Se va a morir?
 MADRE: Cuando llega la hora... Por más que tenga cien médicos alrededor...
 HIJA: ¿Y esto?
 MADRE: La picadora de carne ¿no ves?
 HIJA: No es la que usás.
 MADRE: Era de la primera mujer de tu padre.
 HIJA: Podríamos darla. ¿Para qué queremos dos?
 MADRE: ¿Y si la nuestra se rompe?
 HIJA: (*Mirando el televisor*) ¿Será él o el doble?

MADRE: Para el caso es lo mismo. Están haciendo cadenas de oración. Toda la gente cree que es él.

HIJA: Menos papi.

MADRE: Ah. Tu padre se va a ir con esa idea fija. (*Trata de contener el llanto*). Diciendo que Perón lo sobrevivió. Escondido en una isla paradisíaca, rodeado de lingotes de oro. (*Ríe y llora*)

Largo silencio.

HIJA: ¿Qué dijo el médico?

MADRE: Tres meses, tal vez.

HIJA: ¿Va a sufrir?

MADRE: No. Va a ir pagándose de a poco... poniéndose más delgado. (*Pausa*). Me voy a quedar tan sola. (*Recomponiéndose*). Vino René cuando estabas en el colegio. Le va a dar sangre. Tan buen muchacho. (*Pausa*). Si vos no fueras terca.

HIJA: ¡Mamá! No empieces otra vez.

Largo silencio.

La Madre solloza.

HIJA: ¿Le dijeron?

MADRE: No.

HIJA: Pero sabe.

MADRE: Tu padre siempre sabe todo.

En el televisor se oye el Himno Nacional Argentino, mezclándose con los acordes de una marcha

fúnebre que va decreciendo hasta transformarse en el jadeo del animal.

HIJA: *(Al animal)* Dos mujeres solas. ¿Creés que te va a ser más fácil?

Oscuridad.

Escena 11

La Madre apoyada en la pared. Otra vez atrapada por ella.

MADRE: No dormí en toda la noche. Yo sabía que algo malo te iba a pasar. Nunca más ¿me escuchaste? nunca más vas a ir a bailar a Santa Fe.

HIJA: *(Intentando desprenderse de la pared)* Nos pidieron documentos. Vieron que tenía el mismo apellido que uno de los cabecillas montoneros. A una seccional me llevaron. Fue horrible.

MADRE: Una falta de respeto. Tan poco tiempo hace. Yo no sé...

HIJA: Me entintaron los dedos, me vaciaron la cartera, y me pasaron de uno a otro preguntándome dónde estaba mi hermano. “Cantá. ¿Dónde está el Piojo?” “No tengo hermanos”, les decía una, cien veces. Tuve miedo, mucho miedo. Pero no lloré.

MADRE: ¡Ah! Los jóvenes. Todos iguales.

HIJA: Me di cuenta que no hubiera sido tan valiente para entrar en la guerrilla. Tuve vergüenza de mí. Me acordé de la Señorita Elda. Ella era una heroína y yo una muñeca hueca. En un momento cerré los ojos y deseé de lo más profundo de mi corazón que “el Piojo” fuera mi hermano. Me lo imaginé rescatándome, llevándome a una trinchera en la montaña. Alto, rubio, los ojos color miel como los de papi, de barba y bigotes, con olor a madera, a tierra. Yo le decía: “Voy a pelear con vos”. Nos abrazábamos, tan felices de habernos encontrado.

MADRE: Si viviera tu padre, esto no hubiera pasado.

HIJA: Pero el Piojo no era mi hermano. Por eso me soltaron.

MADRE: No entiendo por qué tienen que irse a bailar a otro lado.

HIJA: Ni siquiera un pariente cercano. El mismo apellido nomás.

MADRE: Eso porque nada las conforma. No valoran lo que tienen.

HIJA: *(En Madre)* Un buen muchacho que las quiere, pero ellas no, tienen que conocer a otros.

JUNTAS: Como si el mundo no fuera todo igual.

MADRE: Siempre. En todos los tiempos. En todos los lugares.

Oscuridad.

HIJA: *(Al animal)* Reíte. ¿Qué? ¿No sabés? ¿No se ríen los perros grandes como vos?

Jadea el animal.

Epílogo

HIJA: *(A público)* Había un teléfono público en el pasillo del sanatorio. Lo miraba, lo miraba. Hasta que me decidí. Busqué en la guía. Era un sobrino el que me atendió. Dos hijos tuvo Carmen. Uno vive en un pueblito del norte. El otro, de cerca de sesenta años, murió hace unos meses. *(Al animal)* ¿Te reís? A mamá no le dije nada. No puede escucharme. *(A público)* Dejé pasar mucho tiempo. Si lo hubiera encontrado veinte años atrás... Uno de los dos, seguro... Debería conseguir una foto del que murió. ¿Si es el que está vivo, y al mirarlo me doy cuenta, me atreveré a decirle? *(Al animal. Desafiante)*. Si es, lo voy a traer acá. Quiero ver qué hacés entonces. ¿Me vas a comer igual? *(A público)* ¿Y si lo encuentro y siento que no es? Tal vez sea mejor seguir imaginándolo. *(Mira a través de la ventanita. Sonríe.)* Cómo cambió el clima en estos años. Ya hace tres inviernos que nieva en el pueblo. La primera vez fue un suceso extraordinario. Estaba dando clases. “¡Mire Señor, están tirando papel

picado!” “¡No! ¡Es harina!” “¡Azúcar impalpable!” Miré por la ventana y se me cerró la garganta. Saqué los chicos al patio, para que tocaran la nieve. Algunos, muy religiosos, dijeron que era un milagro. *(Pausa)*. Ahora ya nadie se sorprende. Animales de costumbre somos. Hasta para los milagros. Pero yo sigo emocionándome como la primera vez. La levedad de lo blanco cayendo tan lentamente. La cara de la señorita Elda se dibuja en la nieve, y la de la señorita Susana. Y la del Piojo, aunque nunca lo conocí. Pero la de la señorita Elda aparece clarita, clarita, me sonrío, con una sonrisa triste. Y yo siento la nieve adentro, en el corazón... Macondo.

Me gusta mirar cómo trabajan las palas mecánicas despejando la calle. Parecen escarabajos gigantes. Se forman pequeñas montañas blancas en la vereda. Verlas me pone feliz. Duran tan poco... El sol las derrite, se las traga. *(Algo la estremece)*. ¿O sos vos? *(Recorre las paredes con su mirada)*. ¿Sos vos?

La luz se va cerrando suavemente sobre la ventanita.

Una leve ondulación en las paredes, como si respiraran.

FIN